

Confieso que me equivoqué

Ana Castelló Ponce

**Unidad Docente de Medicina Legal
Universitat de València**

Hay noticias que aunque se produzcan muy de tarde en tarde, causan un gran impacto en los usuarios de los servicios de salud. Son aquellas en las que se hace referencia a errores que se han cometido durante operaciones quirúrgicas. Son esos casos en los que, por ejemplo, se ha extirpado lo que no se debía extirpar.

Ese tipo de error hace pensar inmediatamente, en que el profesional no ha debido estudiar correctamente la historia clínica. Algo tan importante como conocer perfectamente el caso que se va a tratar, se ha obviado. Y para esta falta, el público en general, no admite disculpa ni excusa alguna.

Hace ya dos años que me hago cargo del seminario sobre responsabilidad profesional, dirigido a los alumnos de Medicina. Durante la clase, exponemos ejemplos de casos en los que ha habido problemas de responsabilidad profesional por diferentes causas, no informar correctamente, consentimiento no adecuado, no actuar de acuerdo al protocolo y también, entre otros, problemas derivados de no elaborar una historia clínica de forma correcta, o de no estudiarla debidamente.

Curiosamente he podido comprobar, que esta última posibilidad es la que menos preocupa a los estudiantes. Para ellos, en teoría, es impensable que alguno de ellos cometa el error de no consultar la historia clínica. Es algo que consideran que nunca les pasará...¿cómo van a olvidarse de leer la historia?... ¡ni en un millón de años!

Esta ha sido su reacción general hasta que hace unos días, uno de los alumnos, tras escuchar los casos y también a sus compañeros, afirmando con total seguridad, que ese error era imposible que ellos lo cometieran, pidió permiso para intervenir y contarnos a todos su reciente experiencia.

Con el permiso concedido - faltaba más - nos relató su historia:

El día anterior había estado en prácticas en Urgencias. En un momento determinado, su profesor le encargó que examinara a un anciano, que se encontraba sentado en una silla de ruedas y que parecía muy aturdido y desorientado. Le entregó la documentación correspondiente y le dejó actuar.

Nuestro estudiante fue hacia su paciente y para empezar, le pidió que intentara seguir el movimiento de su dedo con la vista. El anciano no hizo intención alguna de hacerle caso. El joven insistió- "por favor, siga mi dedo con la vista"- le repitió. Pero de nuevo no obtuvo respuesta alguna.

Fue entonces cuando se le ocurrió que quizá el anciano tenía problemas de sordera, con lo que le repitió la frase anterior en voz más alta, y por último gritando.

Y por fin obtuvo respuesta. En ese momento el anciano le dijo: “hijo por favor, no me chilles. Que no soy sordo. Lo que pasa es que soy ciego”.

Nuestro joven alumno se quedó paralizado. Según nos relató, no sabía como resolver ese tremendo patinazo. Comprendió que si se hubiera molestado en leer la historia del paciente, no hubiera cometido ese error. Se dio cuenta también del terrible e irremediable daño que podía haber causado en otra situación. Su experiencia fue tan traumática, que sintió la necesidad de contarla cuando oyó a sus compañeros hablar con completa seguridad, de que ellos jamás cometerían errores de ese tipo.

La reacción de la clase fue interesante, risas primero, después silencio, por último aplausos. Creo que aprendieron mucho más en ese momento que en todo el resto seminario.

Precisamente en esta época en la que nos cuesta tanto reconocer los errores, hubo alguien que tuvo la valentía de hablar sobre su equivocación delante de todos sus compañeros y les dio una lección de humildad de valor incalculable.

Como no podía ser de otra forma, le pedí permiso para utilizar su historia como ejemplo. Y me lo concedió.

Precisamente hace poco tiempo médicos ingleses, que ahora ocupan cargos de gran relevancia, contribuyeron a la publicación de un artículo que se tituló “confieso que me equivoqué” en el que contaban errores, en algunos casos muy graves, que cometieron en algún momento de su carrera profesional. Su intención era dar a entender que errar es humano y que no es malo reconocer una equivocación. Sin embargo al leer el artículo, se puede pensar que es fácil reconocer lo que ha hecho mal, desde la posición de superioridad en la que encuentran estos profesionales actualmente.

Por eso valoro tanto esta historia y la valentía de un joven estudiante de reconocer un error ante sus compañeros. Y por eso hoy la escribo. Por eso y para darle las gracias a quién tuvo la generosidad de compartirla con nosotros, consiguiendo que aquella clase fuera muy especial.